

LA DECADENCIA DEL HÉROE¹

Alto, como una montaña gigante, los ojos limpios, las manos tiernas y transparentes, pero sus brazos vigorosos y su paso callado y firme. Mi primer encuentro con el héroe en la vida, de pronto oscureció esta imagen. No era por fuera como yo soñaba, sino seco, esmirriado, inundados los ojos de fuego y una fiebre contenida en sus manos huesudas y siempre húmedas. Pero por dentro, más allá de su piel y de su andar callado, estaba su verdadera imagen, toda ella viva, noble y encendida.

Como un quiste clavado en su juventud inocente, tenía un oscuro presentimiento de la muerte. Abandonado y solo, luchaba contra la soledad. Porque la soledad, según él, entrañaba cobardía. Y de su soledad interior saltaba valientemente en busca de la alegría y la felicidad de todos.

Su preocupación por la muerte le hizo temerla. Su fe estaba en el presente, en esta lucha apasionada por la verdad y el claro destino del hombre. De esta lucha nada podía esperar él, indefenso como un tronco derribado. Y sin embargo luchaba. Era esto lo que transfiguraba, ante mis ojos, su apariencia gris y desmedrada para convertirle en un ser excepcional. Con la muerte cerca, viva, anudada en sus pulmones, se levantaba cada día. Pudo suicidarse. Hubiera sido el camino más fácil. Y no lo quiso. Consciente, deliberadamente esperó la muerte. Y cuando llegó la saludó fría, serena, estoicamente.

Crecí apegado a este recuerdo. Diariamente buscaba su sombra, su proyección más fiel en nuevas caras. Estérilmente.

¹ Publicado en *Romance*. México, núm. 4, 15 de marzo de 1940.

Hasta que un día la sangre subterránea de un pueblo brota como un torrente, y por cien avenidas insospechadas llegan impenetrables los ojos más transparentes, cargados de un fulgor extraño. Entonces el recuerdo se hace forma concreta, sangre viva, raíz endurecida. Sale a mi encuentro en los campos quemados, en las ciudades conmovidas, a cualquier hora, creciendo como una planta escondida, aletargada, que de pronto ha encontrado su aire, su tierra y su luz. El recuerdo de lo excepcional se multiplica, se agranda, pierde sus aristas más afiladas y se transforma en algo consustancial, natural y lógico.

Por el aire encendido baja el recuerdo del héroe. Y recorre de extremo a extremo los campos calcinados de mi patria, creciéndome, rodeándome, hecho ya carne y hueso.

Éste es mi encuentro decisivo con el héroe en la vida. Lo he visto nacer cada mañana en su combate con la fatalidad, o morir. Pero es en este combate cuando el secreto latir del heroísmo, enterrado en los pulsos más sencillos, aflora a la superficie. Otros, en cambio, en este combate, se repliegan sin dar la cara al enemigo —la fatalidad—, derrotándose ellos mismos desde dentro, estrangulados por su propia mano. Son su cara opuesta. El héroe tiene conciencia de la fatalidad que lo envuelve. Y lucha contra ella sobre la angustia, la ansiedad y el miedo. Puede agotar sus recursos y perder. Pero, en medio de la derrota, le queda dentro la luz y la esperanza que lo llevó al combate.

El más alto grado de heroísmo nace del encuentro de un hombre o de un pueblo con la muerte. El héroe anónimo de la guerra española nace así. Su muerte, cuando llega es una muerte esperanzada y desesperanzada a la vez. Nada espera de ella. Nada, porque su muerte, para él, no es paso transitorio hacia una felicidad futura, sin raíz alguna en la tierra, sino aportación última a una felicidad terrenal, a la que renuncia con su muerte en bien de todos.

Este sentimiento de la muerte hizo posible en España, durante tres años, el florecimiento constante de héroes.

Cuando abandoné España, rodeado de estos héroes auténticos, volví a encontrarme a solas con el recuerdo. Notaba, al salir de ese inmenso océano vital, que había sido mi patria un vacío angustioso. Como si de pronto, después de bajar de una montaña alta os metiesen en una campaña neumática.

Para alejarme de esta pesadilla que nos envolvía en la vida real, me sumergí en cuanto pude en la lectura. Tres años de insomnio literario me empujaban ardientemente a ella. Y fui leyendo a Céline, Giono, Sartre, Kafka, Snoth, Queanau...

Yo venía del encuentro absoluto y total con el héroe en la vida. Ahora, al abrir los ojos a este nuevo mundo, encontraba su muerte, su transfiguración o su huida. ¿Habéis leído a Kafka? Sus personajes se mueven andando difusos, como sombras. La fatalidad los persigue y los domina. Lloran en silencio sin dar un grito. Gregorio Samsa, en *La metamorfosis*, sufre la más terrible tragedia que puede sufrir un ser humano: su transformación en un animal monstruoso sin perder su condición humana. Arrastrándose siempre entre las cuatro paredes de su cuarto, espera la muerte sin un grito, sin una protesta, entre la hostilidad o la frialdad de todos.

¿Y Jean-Paul Sartre? Como en Kafka, sus personajes — enfermos, locos, vesánicos, tarados — están vencidos. A unos les despoja de su conciencia para encadenarles mejor. A otros, como el miliciano español de *Le mur*, les arranca su fe y les ofrece en cambio una conciencia clara y luminosa. El final es el mismo: maniatarle y entregarle indefenso ante la muerte.

Giono, víctima de la descomposición y de la desintegración que oscureció la luz en muchas conciencias, después de la Gran Guerra, os dice: "No hay héroes". Snoth, en su novela, *Le désert*, nos muestra el drama de un refugiado alemán para quien, perdida su patria, la vida ha perdido su razón de ser. Fatalmente, rotas sus amarras, desemboca en el suicidio.

Para el personaje central de la última novela de Raymond Queanau, la vida no es más que un rudo invierno. Solo, cavando cada día más hondo en su propia soledad, avanza a oscuras,

desnudo totalmente de sentimientos. Tan violentamente el autor se ensaña con su personaje que el lector se pregunta, desconcertado, inútilmente a lo largo de la novela, cuál es la base humana de este odio, centrado sobre su vida y dirigido contra todo y contra todos.

Y Louis-Ferdinand Céline, en sus *Bagatelas para una masacre*, se hunde en las más abyectas tinieblas y se complace en andar por los túneles más sombríos del corazón humano, en un delirio infernal de odio contra el amor, la pureza y la belleza del mundo. En este descenso alucinante, en plena naturaleza inocente, sólo él queda en pie, vigoroso, sus ojos monstruosamente hinchados de cólera, persiguiendo los últimos rayos de luz y de esperanza en el hombre.

Y así, en todos y cada uno de ellos, vemos una negación constante de la alegría y del amor; del coraje de vivir; un repliegue cobarde ante la muerte; una negación o asesinato del héroe.

A medida que penetro en el corazón de la novela europea actual, tengo que abrir desmesuradamente los ojos, porque me quedo en el aire, aplastado contra mí mismo, sin conexión con el mundo que acabo de vivir. Siento que me va enterrando y que voy a desplomarme. Vengo de la vida, del claro sol de España, bajo el cual había sangre, muertos y más sangre. Pero es ahora cuando estoy rodeado y cercado por la muerte. En este mundo de Céline y Giono, de Kafka y Sartre, el hombre está colgado del cielo, de la desesperanza, acobardado, traspasado por la angustia, el miedo y el terror. Por esta arboleda oscura, sobre este desierto los antihéroes viven, desplazan a los héroes y se alzan retadores frente a nosotros. Siento, entonces, deseos de gritar y de llamar a todos los soldados y capitanes. Quiero que mi brazo se agrande y brote de mí como un puente infinito, por el que vengan todos los héroes de mi pueblo y todos los héroes que vencen al miedo y a la muerte en todas las latitudes humanas. Que vengan, sí, con el coraje de siempre, a enterrar con sus brazos vigorosos esta floración sombría de las conciencias de hoy, esta declaración de odio a la alegría y a la felicidad del hombre.